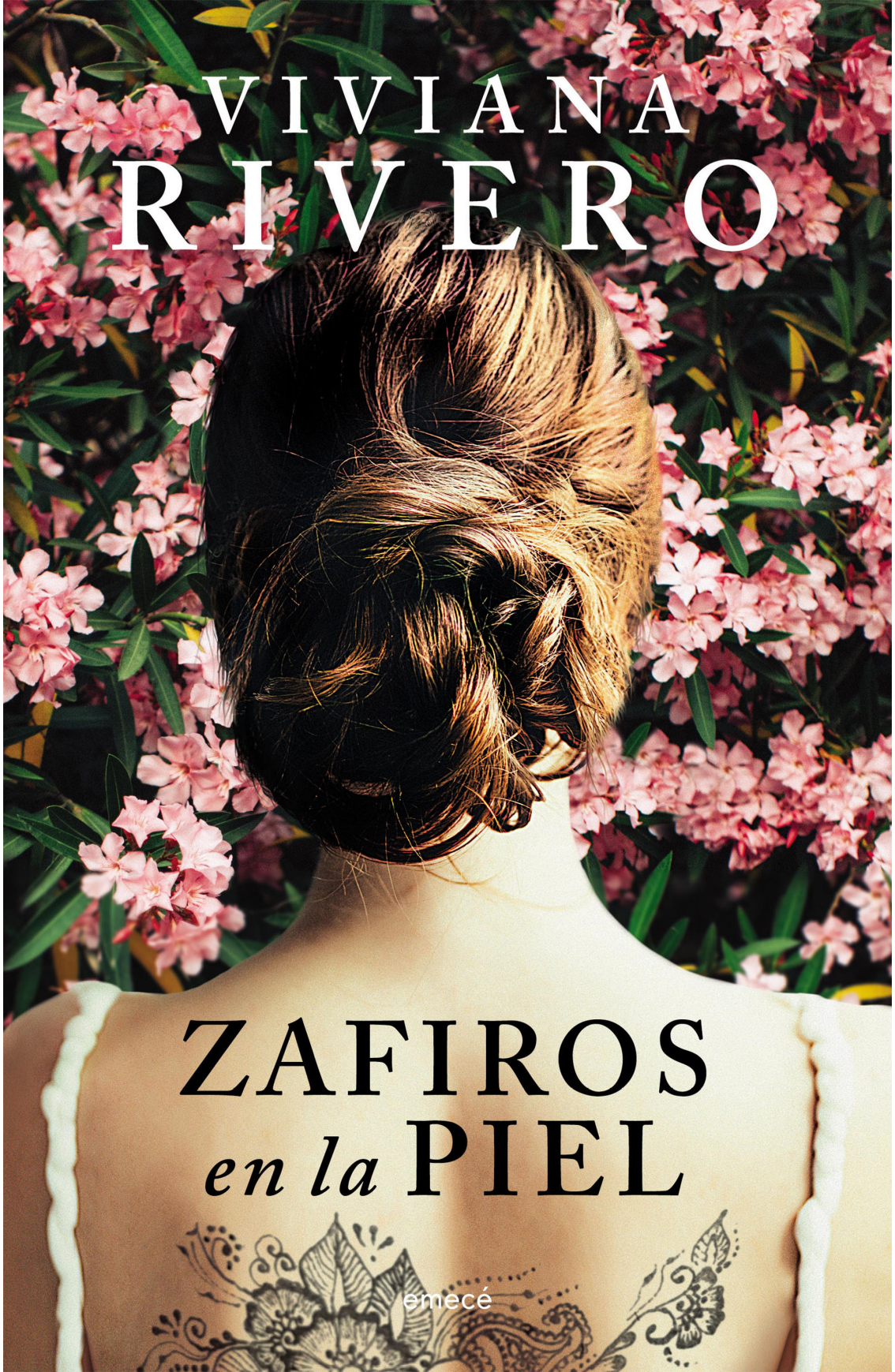




VIVIANA
RIVERO

ZAFIROS
en la PIEL

emecé

Viviana Rivero

Zafiros en la piel

EL AMOR

«El amor es probablemente la experiencia más enriquecedora que un ser humano puede vivir», afirmó Mario Vargas Llosa, distinguido con el Premio Nobel de Literatura en 2010. Y verdaderamente acuerdo con él.

Creo que el amor se presenta ante nuestras vidas de una y mil formas y facetas. Porque no se trata sólo del amor romántico en una pareja, sino también de esos otros amores que marcan nuestra vida, como es el amor entre padres e hijos. Lo muestra claramente el hecho de que una vez que tenemos hijos jamás volvemos a ser las mismas personas. O el amor a la tierra, ya sea la nuestra, la que nos vio nacer, o la que adoptamos. Porque ¿qué persona, cuando está fuera de la madre patria, no evoca con un aroma o un vocablo el afecto que tiene por un país? Ni hablar del amor a las vocaciones que abrazamos y que, estoy segura, traemos grabadas en nuestro ADN, porque son tan incontenibles como los amores juveniles. Y he aquí que sólo nombro algunas clases de amor, porque hay más variantes. Cada tipo de amor es diferente, pero igualmente intenso, al punto de dejar su huella en las personalidades del hombre.

Creo que el amor, en cualquiera de sus manifestaciones, es el motor que mueve al mundo. Por él estamos dispuestos a hacer los mayores sacrificios, a intentar cambiar lo que sea que lo ponga en riesgo, y hasta a mudarnos a la otra punta del planeta. Como también por amor –en cualquiera de sus formas– estamos resueltos a soñar con lo imposible.

Los griegos entendían que el amor era un sentimiento tan

poderoso, tan grande, indómito e importante, que no podían encerrarlo en un solo vocablo. Ante la imposibilidad de definirlo con un término, los grandes pensadores de la Antigüedad utilizaban diferentes palabras, según la clase de amor de la que se tratara. Elegí algunas de ellas para encabezar los capítulos en los que separé los relatos de este libro.

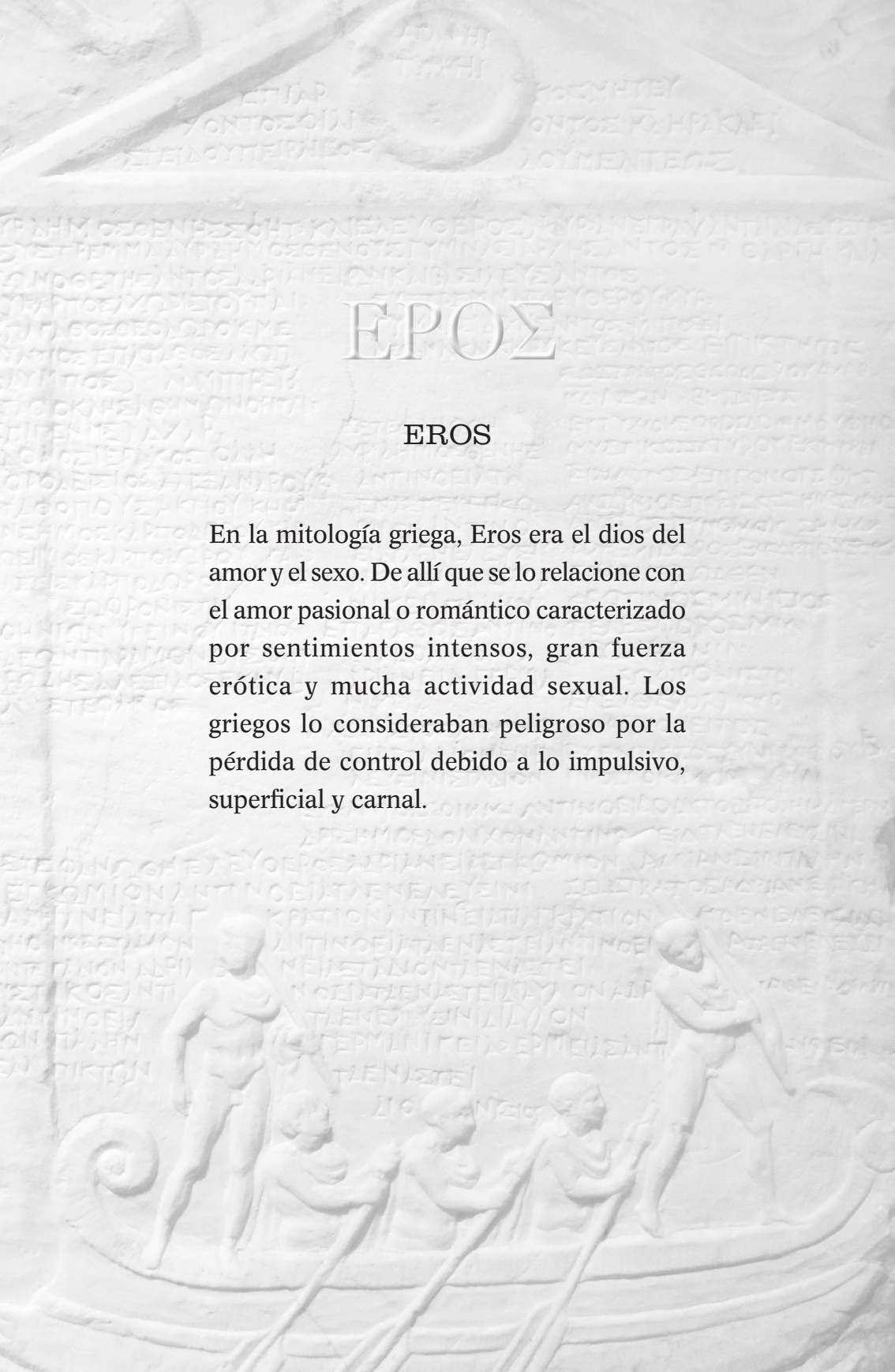
Queridos lectores, en las siguientes páginas les dejo el amor en todas sus expresiones. Espero que lo disfruten.

VIVI RIVERO

ΕΡΟΣ

EROS

En la mitología griega, Eros era el dios del amor y el sexo. De allí que se lo relacione con el amor pasional o romántico caracterizado por sentimientos intensos, gran fuerza erótica y mucha actividad sexual. Los griegos lo consideraban peligroso por la pérdida de control debido a lo impulsivo, superficial y carnal.



EL REGALO

Buenos Aires, día martes

La empleada de la joyería Zafiros en la piel apoya la pulsera de oro sobre el mostrador. La observo y me siento satisfecho. La joya es cara pero la pago con ganas. A mis cuarenta años puedo darme el gusto de comprársela a mi mujer. Hace meses que vengo buscando algo así en distintas joyerías. Sin embargo, no había dado con lo que quería hasta hoy, cuando entré en la galería para entregar tres de mis cuadros en uno de los locales y descubrí este negocio, una joyería con buen surtido de objetos especiales. Bueno, tal vez no fue la casualidad sino la causalidad la que me trajo hasta aquí.

—¿La coloco en el estuche? —me pregunta la vendedora.

—Sí, por favor, me gustaría en uno de terciopelo azul.

—Claro, el que usted prefiera —me responde la chica y la guarda en la caja solicitada.

Luego me la muestra para que aprecie cómo queda presentada. Es bellísima y tiene lo que buscaba: oro veinticuatro quilates y dijes con formas de flores: una margarita, una rosa, un clavel, dos tulipanes, un girasol y una dalia.

—Señor, ¿se la envuelvo en papel dorado o prefiere la bolsita blanca de la casa? —me pregunta la empleada observándome con sus enormes ojos azules. Son tan claros y bonitos que me distraen y tardo en responder.

—Hum, no sé...

—¿Es para una ocasión especial?

—Diría que sí.

—Entonces se la envuelvo en dorado. Ese color va perfecto para un cumpleaños o un aniversario.

Yo sonrío y sólo asiento. ¿Cómo explicarle la clase de ocasión para la cual la compré? Es un acontecimiento extraño, especial, que nadie —salvo Erika y yo— entiende lo que significa. Algo muy nuestro. No es un aniversario. Tampoco el comienzo de una etapa ni un mojón en medio de nada. Diría, más bien, que es la culminación de algo que lleva diez años. Y yo adoro a Erika por lo que ha hecho por mí durante todo este tiempo.

* * *

Seguramente si la vendedora de la joyería supiera por qué se la regalo, pensaría que somos locos. Pero ¿qué es ser loco? ¿Ser diferente? ¿Hacer cosas distintas?

Creo que ser diferente no nos convierte en desequilibrados. Aunque es común que, ante la forma de pensar o la manera de actuar de otra persona, digamos «¡Qué loco es!». Pero todos somos diferentes unos de otros. Y ese hecho —tan humano— por sí solo no nos debería transformar en seres estafalarios frente a los ojos de los demás. En conclusión, cada uno es loco a su manera. Porque nadie hace ni piensa igual que los demás. ¿En qué momento la locura «normal» se vuelve verdadera? Creo que sucede en el preciso instante en que empezamos a comportarnos de un modo en que ponemos en peligro a los que nos rodean o a nosotros mismos. En ese momento, la individualidad, la rareza o la locura se vuelven auténtica demencia, y podemos afirmar sin tapujos «Está loco».

Mientras tanto y hasta arribar a esa conclusión, cada uno ve raro a su vecino porque hace las cosas cotidianas de un modo diferente. Incluso, tras juicio sumarísimo, lo califica como loco. Pero la verdadera locura es destructiva y nosotros, con Erika, no hemos llegado a tanto. Es más: creo que nunca alcanzaremos

semejante estado. Aunque tengo que admitir que siempre nos hemos comportado de una forma poco ortodoxa, significativamente diferente al resto. Razón por la que tomaré mis recaudos y no contaré a nadie por qué le regalo la joya.

El hecho de que ella sea escritora y yo pintor, y ambos vivamos de nuestros trabajos, supongo que nos transforma en seres ligeramente extraños. Hace diez años, desde que empezamos nuestra convivencia, y siempre que estamos en época de producción, pasamos largas temporadas sin salir de la casa. Ella, encerrada en su oficina con su *notebook*; y yo, en mi atelier, pintando; cada uno escribiendo y dibujando durante días enteros, sin interesarnos por nada, salvo por nuestra obra. En esos meses intensamente creativos vivimos de manera extravagante a los ojos de los demás. Comemos lo que hay en la casa, tal vez sólo una fruta, un tomate, cereales o llamamos a cualquier *delivery*. En ciertas oportunidades, incluso, hemos pasado un par de días a pan y queso, ya que la pasión por la obra que nos ocupa es tan abrasadora, que ni siquiera queremos levantar el teléfono para pedir una pizza. En esas jornadas caminamos por los pasillos hablando solos, andamos descalzos por la casa y, si hace calor, hasta desnudos. La mitad del tiempo trabajamos de noche y dormimos durante el día. Hacemos el amor en el piso, y solemos quedarnos a descansar en mi atelier o en su oficina. No establecemos reglas ni horarios para ninguna actividad; tampoco tenemos celulares y, aunque nuestro automóvil funciona bien, si salimos a la calle preferimos andar en bicicleta.

Si eso es ser raro, entonces, mi mujer y yo lo somos. Supongo que podemos hacer todo esto porque no tenemos hijos; y creo que justamente ese fue el motivo por el que nos volvimos diferentes. Cómo olvidar esa siesta en que ambos, sentados frente al doctor Juárez en su consultorio, recibimos la noticia demoleadora: nunca podríamos ser padres. Porque fue ese miércoles por la noche cuando comenzó el ritual que mañana está pronto a terminar y que es la razón por la que quiero regalarle a Erika la pulsera de los dijes. Recuerdo bien aquellos días porque fue en

ese mismo tiempo que comencé con los cuadros del estilo que se puso de moda y que nos han dado de comer hasta ahora. En plena crisis artística y existencial dejé de pintar temas exóticos, rebuscados, y me refugié en las líneas simples, minimalistas, despojadas; abandoné la pintura y concebí una colección de dibujos relacionados con la naturaleza. Esa repentina inspiración terminó llevándome a crear las famosas «flores Arturo», como llaman los entendidos a mis trabajos en alusión a mi nombre y que aún hoy, a pesar de los años, son todo un éxito. Ese fue el comienzo de una etapa teñida de momentos buenos y malos que con Erika hemos transitado juntos.

—Señor, el dueño de la joyería se enteró de que usted es Arturo Cayena y desea hablarle un momento.

En la otra punta del negocio, un hombre calvo de aproximadamente unos cincuenta años atiende a un cliente. Al escuchar lo que la chica me dice, me mira y me levanta la mano a modo de saludo. Su gesto es perentorio, casi una orden.

—Por favor, deme un minuto que termine aquí, y hablamos —propone él—. Macarena puede servirle un café.

—No es necesario, gracias —respondo y le pago a la vendedora.

El hombre calvo se acerca y se presenta:

—Mi nombre es Heraldo Heredia, soy el dueño de la joyería y quiero encargarle una de sus obras para mi local.

Mientras me comenta su idea, advierto admiración en su manera de tratarme. Situaciones como esta me hacen caer en la cuenta de la fama que disfruto. Tras media hora de charla, cerramos trato. Le paso un precio caro, se queja un poco —no debería, pues él no me hizo ningún descuento en la pulsera—, me encojo de hombros. Es lo que cobro y punto. Se nota que es una persona apegada a las cosas materiales. Pero quiere el dibujo y yo me marchó contento.

* * *

Por seguridad, antes de retirarme guardo mi paquete en la mochila. No resisto la tentación de pasar por el restaurante donde una hora antes dejé los cuadros y me dirijo hacia allí. Estoy cerca; se encuentra en la misma galería que la joyería. Quiero ver cómo quedan colgados. Cuando me fui, el empleado estaba fijándolos en la pared principal. Camino unos pasos y, desde la puerta del local, los veo. Son tres. Cada uno tiene un girasol enfocado desde distintas ópticas. Claro: todos con mi estilo. Son girasoles Arturo.

Luego de dos minutos me marchó. Pienso dar una vuelta por el centro, comprarme una camisa y recortarme el pelo. Después regresaré a San Telmo, el barrio donde tenemos una casona antigua, que es nuestro refugio desde hace años, el lugar en el mundo donde más nos gusta estar, más que en el Caribe, Venecia o París. Somos nadadores contra la corriente.

Pero de pronto noto que en la misma galería hay varios negocios que me interesan. Las vidrieras parecen llamarme. Paso por la librería y compro una novela de uno de los autores preferidos de Erika. En la vinoteca, adquiero dos botellas: un syrah y un carísimo malbec cosecha 2007. Mi mujer, al igual que yo, ama el buen vino. En la casa de tatuajes pregunto por el famoso *piercing* que siempre digo que me colocaré. Pero una cosa lleva a la otra y lo que en principio sería una simple consulta me insume mucho más tiempo del que imaginé; tanto es así, que la compra de la camisa queda descartada. Sólo iré por mi corte de pelo.

* * *

Para las ocho de la noche ya estoy en casa. Entro y me miro en el espejo del recibidor. Hay algo en mí que me hace sentir diferente y no es el paso por la peluquería. Estoy seguro de que se debe a lo que estuve haciendo en la galería. Pero el cristal me devuelve la misma imagen de siempre. Sólo algunas canas

entre mi pelo rubio me muestran que los años pasan. Entonces, pongo cara de seductor, le presumo al espejo. Tan mal no me veo. Creo que mi principal atractivo sigue estando en mis ojos verdes. «¡Basta, Arturo, de vanidad!», me digo en voz alta y se me escapa una carcajada. Erika llegará en cualquier momento. Sé que ha ido a la editorial, pronto publicará una nueva novela. Aunque si ahora se está demorando tal vez tenga que ver con nuestro evento privado de mañana.

Me instalo en la cocina. Me lavo las manos y en segundos empiezo a picar dos cebollas; haré una salsa para acompañarla con espaguetis. Hoy se me antoja el día ideal para pasta. Mientras cocino pongo música, escucho la versión de «It's a man's world» que grabaron Pavarotti y James Brown. ¡Mujeres! ¡Mujeres! Decido completar el buen momento sirviéndome una copa del syrah que traje; el malbec lo reservo para la noche de mañana, cuando le entregue la pulsera, cuando yo también obtenga mi «regalo», ese que Erika recrea una noche al mes hace ya años.

La conocida voz femenina me saca del clima intenso en el que me ha sumergido Pavarotti.

—¡Hola, hola! ¡Madre mía, cómo estamos hoy, eh...! ¡Música, vino, salsa! ¡Italianito total!

—Hola, amor mío... Y bueno, lo traigo en la sangre.

Nos abrazamos, nos damos un beso. Siento su cuerpo a través de la tela del vestido blanco de bambula que tiene puesto. Jamás usa sostén; jamás los usará, como sé bien que tampoco nunca se teñirá el pelo, ni comerá carne. Son sus reglas, las inamovibles. Con ellas no transa. Y eso que en medio de su cabello castaño, que llega más abajo del hombro, creo que he visto aparecer las primeras canas. Pero sus enormes ojos marrones de largas pestañas, y su nariz respingada llena de pecas captan la atención más que una cana o una incipiente arruguita. Para mí, mirar su rostro sigue siendo apasionante.

—¿Cómo te fue? —me dice ella sonriendo mientras aún me tiene envuelto en sus brazos.

—¡Muy bien! Entregué los tres cuadros, los cobré, y me encargaron uno más.

—¿En el mismo restaurante?

—No, en una joyería. ¿Y a vos cómo te fue? —digo cambiando rápidamente de tema. Erika es muy lista, y si explico demasiado puede llegar a descubrir mi regalo.

—La corrección de la novela está terminada. El libro sale el mes que viene. Mañana debo volver para elegir la tapa.

—Muy bien. ¿Y qué más hiciste?

—No está bueno que me preguntes... sabés bien que lo otro que hice tiene que ver con mañana. Y nuestro trato es no hablar de eso hasta que pase.

—Tenés razón. Pero me vengaré diciéndote que yo tampoco pienso contarte lo que estoy planeando.

Se ríe con una carcajada y exclama:

—¡Usted, mi querido pintor, no puede hacer nada! Hace muchos años que soy yo la que lo hace todo en nuestra cita mensual.

—Ah, ya verás... esta vez puede haber una sorpresa. ¡Qué digo! ¡Dos...! ¡O hasta tres!

—¡Basta, mi pintor! ¡Diga lo que diga no me sacará información! En su momento sabrá todo lo que hay para saber.

Me besa con pasión y yo le sigo la corriente. Quiero amarla, desnudarla. Empiezo a desprender los botones de su vestido.

Me frena y me dice:

—No, si querés esto, vamos al cuarto. Acá hay demasiada luz, y ya sabés...

Miro la olla. Aún no he apagado el fuego; a la salsa le faltan unos minutos, y digo:

—Creo que mejor aguantaré y guardaré todas mis ganas para mañana. Así que... ¡preparate!

—Lo vengo haciendo hace rato, por eso estuve toda la tarde fuera —señala divertida.

Sé perfectamente en dónde estuvo Erika y qué hizo aparte de ultimar detalles en la editorial. Pero hay algo —lo principal— que

no sabré hasta el momento final. Y con sus tretas de novelista, lo esconde. Pienso en lo que hace por mí y entonces le pregunto:

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Todo esto ya es parte de mí.

—Te quiero.

—Mi pintor, yo también te quiero, y creo que tanto como a esos espaguetis que estás preparando.

—Puedo servirlos en diez minutos, ¿quierés?

—Claro, me muero de hambre.

Ella pone la mesa, charlamos de libros, de cuadros, de música, de la última película de Woody Allen y ya no tratamos más el tema de nuestra cita de mañana.

Día miércoles, la cita

El día de hoy es tan especial que desde que me levanté me planteé no llenarme de actividades para que la noche me encuentre descansado. Sólo destiné algunas horas de la tarde para ir al centro porque necesitaba materiales para mi trabajo. Es una actividad sencilla, pero que me llena de placer. Y ahora que acabo de guardar en mi atelier los pomos de pintura, los lienzos, los papeles y las demás cosillas que traje, hago una última aspiración profunda tratando de absorber el aroma antes de cerrar la puerta porque amo el perfume de esos utensilios. Pienso: «Me gusta mi trabajo, mi casa, mi mujer. Soy un hombre feliz». Hago una nueva inspiración, esta vez de placer, y me marcho apurado. Quiero estar listo para cuando llegue Erika de la editorial, donde fue para elegir la tapa de su libro.

Me ducho contento. Estoy un poco nervioso, expectante, pero disfruto de estos momentos previos. Salgo del cuarto de baño envuelto en mi bata blanca de toalla y me encuentro con que Erika ya llegó. Escucho sus pasos por la cocina, el ruido del microondas.

—Eri, ¿todo bien...?

–Sí, amor. Me estoy haciendo un té.

Me peino, me perfumo y ella se me aparece de frente en el pasillo, y agrega:

–Veo que ya estás listo.

–Sí.

–Bueno, ahora me toca a mí. Me baño y voy al cuarto.

–Te espero allí con un malbec cosecha 2007.

–¡Guau...! ¿Esa es mi sorpresa?

–Una de ellas, pero hay más.

Se ríe con esa boca grande que amo.

–Chau, me voy a bañar –me dice con un guiño.

–Apurate –le respondo cómplice mientras pienso que fue mi gusto extraño, combinado con nuestra especial situación, lo que la motivó a hacer por primera vez lo que en minutos repetirá. Porque aquí estamos de nuevo, como cada mes desde hace diez años.

Erika se encierra en el baño y a partir de ese momento el tiempo transcurre cadenciosamente, teñido de ardor y ansia. Me excita pensar en lo que viene. Sé bien que lo que pasará en nuestro cuarto tiene algo de morbo y me encanta. Justamente, su entrega me cautiva. Concesión, morbo, locura, pasión, excitación... nuestro ritual. Es una de las formas con que aprendimos a callar los dolores del hijo que no pudimos tener. Lo que hacemos es nuestro secreto, es nuestro rito, nuestro pacto de amor. Y aquí va una vez más. Sólo que hoy es especial, hoy tiene gusto a culminación, a cumbre, a apogeo, a remate. Pero como no podía resignarme a un final, ya tengo pensada una continuación, aunque ella aún no lo sabe. Se lo diré esta noche. Todo pasará en esta velada.

Coloco las copas en la mesita baja que tenemos en el cuarto, la que compramos y pusimos aquí para estar cómodos las noches de nuestro rito. Abro la botella con el sacacorchos. Prendo uno a uno los varios velones de colores que en otras oportunidades ya nos han acompañado durante nuestra liturgia. La luz tenue de las llamas ofrece la intensidad perfecta, la que nos permite

ver nuestros cuerpos envueltos en esa penumbra dorada, la que nos hace sentir que sólo existe este momento y este lugar. Con la bata puesta, acomodo estratégicamente el silloncito verde para quedar frente a la puerta del cuarto de baño y ver a Erika ingresar desnuda. La imagino, y el deseo recorre mi sangre y eriza mi piel de hombre. Aún no la he visto y ya estoy excitadísimo, preparado para ella.

El ruido del agua de la ducha deja de oírse y dos minutos después la puerta del baño se abre y Erika aparece...

La luz del baño que ella no apagó la muestra en todo su esplendor y yo tiemblo de placer. ¿Soy raro? ¿Soy loco? No, me tranquilizo: «Sólo sos diferente, Arturo». La locura verdadera es la que hace mal, la que destruye. «No significa que seas un demente sólo porque te gusta y te excita un cuerpo repleto de tatuajes.» Erika se acerca a mí descalza, completamente desnuda, avanza y veo en plenitud su piel otrora blanquísima, hoy, ya no, porque no queda en ella absolutamente nada sin figuras de tinta. Erika lleva su cuerpo cubierto con cientos de dibujos. Hoy, ella ha llenado el último resquicio que quedaba en una de sus nalgas con tres margaritas diminutas. Se da media vuelta, me muestra su nuevo tatuaje, y yo me tengo que contener para no comerle el trasero a besos y mordiscos. Una demencia se apodera de mí al observarla desnuda, así, sin ningún espacio libre de trazos, pero me contengo. Este es un postre delicioso que quiero comer lento; es el momento más importante de la noche y quiero disfrutarlo a pleno. Ella, desafiante, se pone frente a mí como si me ofreciera un plato en bandeja. Me sonríe, me provoca, me sabe en sus manos, me lo lee en los ojos porque mi mirada va atada a su cuello en el que lleva dibujado una sucesión de rosas rojas enlazadas, una con la otra, tal como si tuviera puesta una delicada gargantilla. Su escote es una lluvia de hojitas verdes. Sus pezones empinados son custodiados por decenas de ramos de violetas. Por sus piernas, como columnas, sube una enredadera de hojas verdes con flores amarillas en forma de campanita; lleva lirios en su pubis; flores pequeñas y exóticas en sus manos y dedos;

orquídeas en sus brazos; y desde su ombligo nacen alelíos, suspiros, cachalotes y tulipanes, los que se enlazan hacia atrás hasta unirse con un campo de girasoles que habita en la parte baja de la espalda. La imagen es impactante, profusa, exuberante como una selva, llena de vida como la naturaleza salvaje. Me arroba mirarla, me hechiza, me fascina, me hipnotiza. Erika entera es un jardín. Pero no cualquier jardín. Es uno sembrado de flores Arturo porque ella lleva en su cuerpo mil dibujos diseñados por mi cabeza. Ideados en mi mente, ahora están vivos en su piel. Son los capullos que empecé a dibujar durante aquella semana en que nos revelaron que nunca podríamos tener hijos. Aquella semana, ella apareció con el primer tatuaje de su vida. Hasta ese momento, su piel había permanecido intacta. El día que se marcó esos tres girasoles pequeños en la espalda baja, casi en la cintura, me dijo una frase que jamás olvidaré:

—Este cuerpo no podrá cobijar nunca un hijo tuyo, pero mi piel albergará cada una de tus creaciones. Plasmaré en mi cuerpo todas las flores que despliegue tu imaginación. Te daré cada milímetro de mi piel para ellas. Inventa muchas flores, crea las más hermosas que puedas porque aquí las tendrás a todas. Seré tu jardín viviente.

Y yo, que nunca le había prestado atención a los tatuajes, esa noche morí por besarle una y otra vez esas primeras flores que brotaban desde su cintura. La sensualidad provocada por los tatuajes, esa locura por la piel atiborrada de flores, nació aquel día.

—¿Te gusta cómo quedaron las margaritas?

—Me encantan...

—¿Sabés que son las últimas figuras que me haré? Ya no queda más lugar en mi piel.

—Lo sé, brindemos por ellas —le digo ronco por el deseo y le extendo la copa.

Las copas tintinean y bebemos un sorbo; luego, otro. Pero yo no alcanzo a disfrutar del sabor del malbec como debería. Mis papilas gustativas están aletargadas, dormidas, no sienten,

porque en este momento es la vista el sentido que manda, gobierna y se enseñoorea de mi ser.

La miro y lo único que quiero es hacerle el amor ya mismo. Pero con gran esfuerzo me contengo. Primero quiero darle mis regalos. Busco sobre la mesita el de la joyería.

—Esto es para vos.

Sonríe y me dice:

—No me lo esperaba... —Lo desenvuelve con rapidez. Entonces, ve la pulsera y agrega—: Ay, mi amor..., es preciosa.

Tiene los ojos llenos de lágrimas.

Tomo la joya entre mis manos y se la coloco en su muñeca. Ahora sí: empiezo a besarla con desesperación en la boca, en el cuello, bajando a sus pezones. Pero ella me empuja de nuevo al sillón. Y allí, a la luz de la vela, la veo contornearse de manera sensual. Baila sin música, muy suavemente, como si lo hiciera al son de sonidos que sólo ella oye. Levanta los brazos, da una vuelta sobre sí misma. Me muestra el trasero, se levanta el pelo y exhibe su espalda poblada de cientos de pequeños girasoles.

Este es nuestro ritual, ese que hoy dura menos tiempo que nunca, porque mi pasión de hombre me lleva desesperado tras mi botín. Me pongo de pie y la tomo en brazos; la alzo, camino dos pasos y la deposito en la cama. El libro envuelto ha quedado olvidado sobre la mesita. «Ya habrá tiempo para dárselo», me digo a mí mismo.

Urgido, me quito la bata y, en mi desesperación, la dejo tirada en el piso. Y entre las sábanas, en nuestra cama de siempre, le beso el cuerpo de punta a punta, con locura, con ternura, con devoción, porque esa piel amada —como ella vaticinó hace diez años— alberga toda mi creación.

—Gracias —susurro.

Erika me ha entregado su cuerpo a su manera, ya que la naturaleza no le permitió que me lo diera de otra para poder engendrar vida. Y yo encuentro un gran placer en esta forma. Ella, sin dudas, también. Me lo confesó infinitas veces. Le gusta ver su piel plagada de flores Arturo y observar el efecto que causan en mí.

Los gemidos de goce que da Erika al paso de mi boca por las curvas estratégicas de su cuerpo llegan al clímax. Entonces, me trepo sobre ella y recién allí la penetro. Y mientras arremeto su húmedo interior, le digo al oído:

—Gracias, gracias, gracias, gracias, gracias.

La noche avanza y nuestro encuentro, también. Deleite, sensualidad, piel, flores. Y entrega. Nuestras voces se ahogan en un mismo grito donde se funde el placer de uno con el otro. Ella me abraza fuerte la espalda, hunde sus dedos en los músculos cerca de mi cuello.

Nuestros cuerpos tiemblan al unísono. Es el final de la agitación, el comienzo de la calma. Erika mueve su mano hacia mi cuello pasando por el hombro en forma de caricia. Y entonces lo descubre.

—¿Y eso? ¿Qué tenés acá?

Está sorprendida, no puede creerlo, se incorpora...

—Ay, Erika, pensaba decírtelo en un rato. No me diste tiempo.

—Por Dios, no puedo esperar. ¿Cómo es que te tatuaste y no me lo contaste?

—Te dije que estaba por mostrártelo.

De repente, Erika se sienta en la cama, examina mi espalda con detenimiento y exclama:

—¡Es una frase! —La lee en voz alta—: «Nada más bello que la singularidad de un ser humano». ¡Es de uno de mis libros! ¡De *Las mandrágoras*!

Me siento en la cama junto a ella. Pensaba contárselo más tarde, cuando estuviésemos más sosegados. Pero la situación exige que sea de inmediato y abro mi boca para darle el siguiente regalo, la continuación que planeé.

—Hoy hemos terminado con un ritual, pero comenzaremos con otro.

—No te entiendo...

—Decidí escribir en mi cuerpo las frases más bellas que tienen tus libros. Lo marcaré con párrafos enteros, aquellos que disfruté cuando me dabas a leer tus borradores para que opinara.

Así como vos me dijiste una vez, yo te digo a vos: ve y crea. Inventa palabras, frases, ideas, que aquí tenemos al menos diez años más de ritual.

—Mi amor... ¿de veras querés hacer eso?

—Sí, ya lo decidí. Vení —le digo tomándola de la mano y llevándola hacia el espejo. Los dos estamos desnudos frente al cristal. Agrego—: Vos sos una obra completa; yo todavía no. Para que pueda terminarla, tendrás que escribir muchas cosas bellas.

Nos abrazamos y nos besamos. El espejo refleja un jardín Arturo en la piel de mujer y a un hombre dispuesto a darse entero por amor.